



Fabián Sevilla

LOS ZOMBIES TAMBIÉN
COMEN CORAZONES

ilustraciones de **Daniela Zeppa**

Fabián Sevilla

LOS ZOMBIS TAMBIÉN
COMEN CORAZONES

ILUSTRACIONES DE **Daniela Zeppa**

PRIMERA PARTE
TIERRA DE ZOMBIS

ESCENA 1

Bien de arriba... se me hace que desde un dron lo que se ve es el patio del cole... las chicas del curso están en la suya y el quinteto de siempre en la de ellos... hora libre porque faltó la godsila como le digo a la de prácticas del lenguaje y gabriel nos dejó salir para que no se arme bardo en el aula... tres chicos se quedaron en el curso a aniquilar trols en sus celus... ahora lo que se ve soy yo y zoé de frente que venimos caminando mientras como siempre ella escucha y yo hablo... le comento en toi stori uno buz láityier insiste con que es un astronauta de verdad y no un juguete pero cuando andi entra a la habitación se queda quieto como los demás juguetes... de golpe cinco se nos ponen enfrente y en barrera pero se muestran sus espaldas... son cinco contra dos o contra uno... específicamente contra mí... el cielo de las tres de la tarde de este martes se cubre con nubarrones igual a si se volcara tinta negra sobre un mantel... sí esa es la idea y la banda de sonido ataca estilo timbales... lo que se muestra es una gota de sudor deslizándose por mi frente porque la barrera se va haciendo una ce en torno a mí como... como... le pasa al protagonista de la noche de los muertos vivientes que es el negro muy lindo llamado ben cuando sale de la casa armado con una escopeta y una antorcha porque quiere ponerle nafta a una camioneta para escaparse pero los zombis lo cercan para comérselo... zoé me tira del puño del uniforme para que esquivemos a los cinco zombis... ¡no les temo! sueño muy machito pero otra

gota de sudor me delata como si fuera un grito... sí esa es la idea... como el grito de cagazo que no voy gritar... la música pasa a tensa cuando ramiro olivera que de golpe dejó de ser zombi camina hacia mí en cámara lenta... así alcanzo a verle los ojos grises claros... yo re quieto... él más cerca... no le bajo la mirada a sus ojos casi transparentes... ya lo tengo bien pegado y le siento el olor a menta del chicle que se mezcla con ese perfume que se pone para venir al cole... yo tengo la boca abierta con los labios de piedra... ramiro me agarra de las solapas del saco... de un tirón me atrae hacia él... cierro los ojos... luego la boca... y me besa... ramiro me besa... la música es estilo violines porque el beso es en la boca... un beso de película que me causa algo extraño... confuso... pasan qué sé yo unos cinco minutos y él despega sus labios de los míos que durante el beso pasaron a ser estilo caramelo masticable... ahí me animo y...

Abrió los ojos.

Natalio fue quien abrió los ojos, Ramiro nunca los había cerrado.

Como pasaba siempre que Natalio Buel abría los ojos de este lado de su propia pantalla, la escena se ajustó al aquí y al ahora que tramaban la realidad. Una realidad en la que los nubarro-nes, los violines, los zombis, la cámara lenta se habían ido a un «The end».

Sin embargo, afuera de su íntima pantalla algo de la última toma de la película se mantenía, aunque con ciertos cambios.

Ramiro Olivera en verdad agarraba a Natalio y, en cierto momento, el otro también se había aferrado del saco a Ramiro.

Solo que el beso en la boca casi no tuvo duración y nunca había sido un beso. Fue un pico, te toco y me voy, un roce expres.

Y después de transcurridas las centésimas de segundos durante las cuales el par de labios se habían encontrado, Ramiro lo soltó. Pero como Natalio tenía las manos trasplantadas a sus solapas, se lo extirpó con un empujón.

No midió las fuerzas o quiso alejarlo a millones de años luz de él, porque Natalio retrocedió más de un metro, se le anudaron los pasos y quedó de espaldas en el piso.

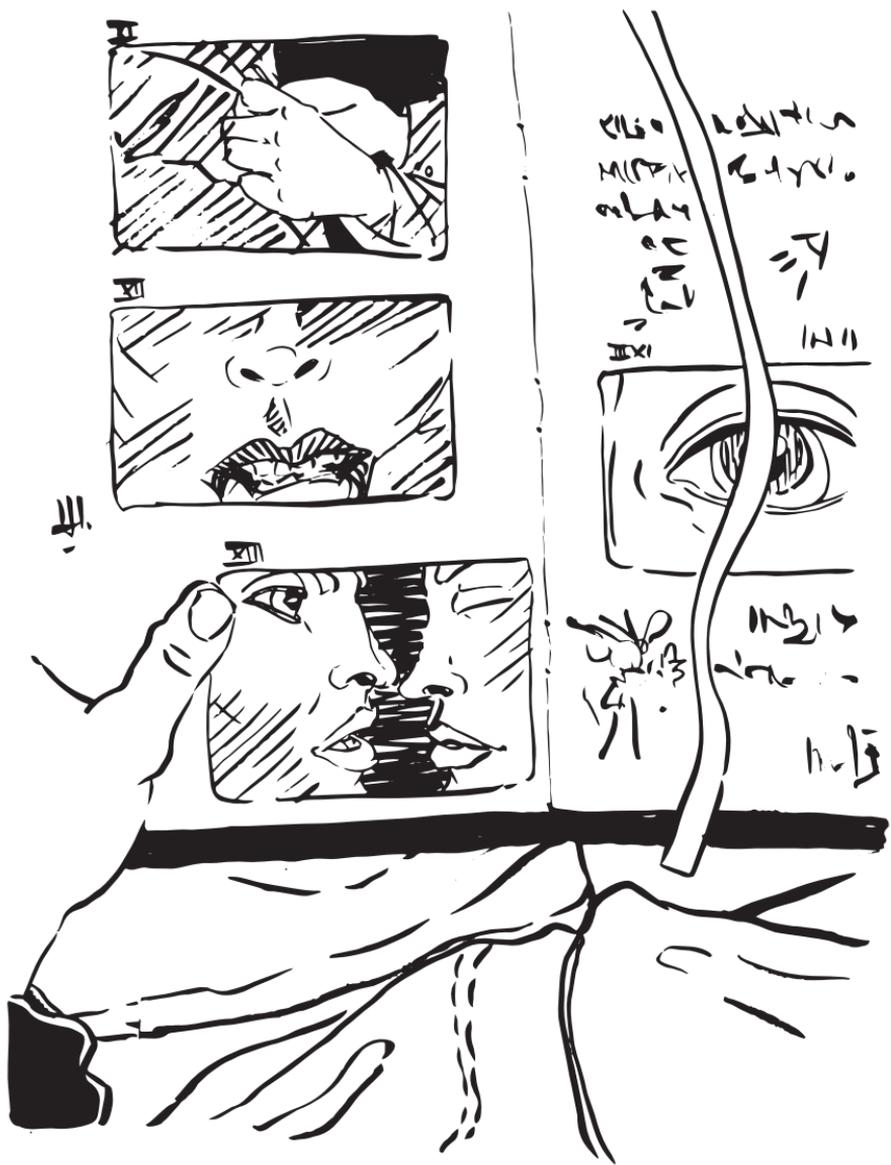
Recién entonces el dolor en el huesito dulce y el frío de las baldosas traspasando su ropa le hicieron tomar plena conciencia de cómo había sido en realidad la escena. Y lo asaltó un urgente deseo mental: *¡por favor!... que unas manos llenas de fuego y todas carbonizadas aparezcan del suelo así me llevan para abajo... ¡no voy a oponer resistencia! sería un regalo que me pase lo mismo que a la rubiecita de arrástrame al infierno.*

Si un crítico cinematográfico calificara lo que siguió al pico y el empujón, diría que no resultó ni sobrenatural ni tan macabro ni tan explícito como el final de *Arrástrame al infierno*.

Lo que siguió fue una situación bastante confusa, salvo para Ramiro y sus seguidores. Una confusión que se iría volviendo extrema vergüenza para Natalio.

—Cumplí, turros —dijo Ramiro—. Ya lo hice. —Miraba con ¿asco?, ¿odio? a *nataliocaído*, *nataliotirado*, *nataliobasura* aunque el mensaje iba dirigido a sus cuatro cómplices; esos con quienes desde que él había llegado al Saint Gilbert's College en tercer año formaban la «Confraternidad de los comedores de sesos».

Una vez convencido de que las manos llameantes no aparecerían, Natalio paseó su mirada entre el público que había convocado el final de la película o el comienzo de la realidad,



según del lado que se haya visto. Apuntaba los ojos a unos y a otros, hacia unas y hacia otras con su típico cabeceo. Un cabeceo que a muchos les caía simpático y que a algunos les parecía un tic. Un vaivén entrecortado que a él le servía para saciar la curiosidad que le despertaba todo, un ir y de pronto venir con el que pretendía no perderse nada de lo que pasaba. Un recurso con el cual, sin embargo, en ese momento buscaba entre los espectadores gestos, miradas, actitudes no de lástima sino de apoyo o de algo parecido a la solidaridad.

Exceptuando el semblante de querer hacer algo pero no saber qué de Zoé, con sus cabeceos Natalio no encontró en los demás lo que buscaba. Y solo porque él era quien era y porque el otro era Ramiro.

Natalio descartaba alguna reacción a su favor por parte de los «comedores de sesos»; cuatro perros falderos que desde el día de nacimiento de la confraternidad tácitamente habían erigido a Ramiro como su líder absoluto. Adoradores de un ídolo que les hacía creer que eran alguien por sí mismos y se lo agradecían festejándole cada avivada, las respuestas fuera de lugar a las preguntas que nadie había hecho, los bardeos contra sus «elegidos» del colegio, entre ellos la regente, el director y una copiosa lista de profesores.

Y era lógico que también le festejaran a *ramiropiola*, *ramirodios*, *ramirotodopoderoso* ese pico en la boca con el cual había puesto el necesario «toque de joda» a una hora libre.

—¿Gusto a qué tiene Nátali? —le preguntó Santino, enfocándolo con el celular como si jugara a entrevistarlo.

Ramiro se puso un dedo bobo en la boca, exagerando una manera de pensar la respuesta que daría. Pero Axel se le adelantó.

—Debe tener la boca salada —saltó a la vez que desplegaba su peculiar risa, esa que según opinión de Natalio sonaba igual a gárgaras.

Zoé se arrodilló y, aunque no hacía falta, ayudó a que Natalio se sentara.

—No te preocupes, me duele solo cuando me río —le murmuró a la chica y lanzó un carraspeo que fue un fracasado intento de risa.

Ella se levantó y se fue corriendo del patio.

La cariñosa actitud de su mejor pero no única amiga, además de su creencia en que eran posibles alteraciones gracias a una benévola magia hollywoodense, le dieron la ilusión. Ilusión de que a esa altura de la escena quizás una de las otras chicas gritaría la orden de «¡corte!».

Fue solo eso, una ilusión.

Lautaro no quiso quedarse por detrás de Axel y a la vez aspiraba a demostrar que él también podía enriquecer, nunca igualar, la obra de Ramiro.

—Seguro tiene la boca salada porque anduvo en el baño usándola para...

—¡Lauti! —Ornella lo dejó en suspenso; era su novia desde el primer día de clases de ese año y se había propuesto corregirle la costumbre que tenía de alternar una zafada cada dos palabras.

Ejemplar objetivo el de Ornella según el código de convivencia del Saint Gilbert's. Pero mientras lo cumplía se reía. Se reía como se reían las otras chicas de la platea. Y todas también se reían porque Natalio era quien era y porque el otro era Ramiro.

Un Ramiro que, pese a no calificar como maravilla adolescente del mundo moderno, irradiaba involuntario encanto. El

cabello carbón siempre arremolinado por esa manía de despeinarse el jopo con una mano; el gris traslúcido en los ojos contrastando con el leve moreno de su piel; esa sonrisa de «me importa un huevo todo» que a muchas les parecía sexy; el saco del uniforme ajustándosele en los brazos y el pecho gracias a las tres horas diarias de gimnasio.

Sin dudas Ramiro no estaba a la altura de ser la Gran Muralla China o el Taj Mahal en modo «chabón», incluso cuando había llegado de otro colegio casi a mitad de tercer año ninguna se lo bancaba. Pero fue labrando una notable popularidad en el arco femenino, primero de su curso y luego de todo el Saint Gilbert's. Popularidad que debió disputarle y que al final le arrebató a otros dos chicos que quedaron debajo de él en el ranking.

Un Ramiro que sin embargo nunca se jactaba del aura de divinidad que le veían los cuatro «comedores de sesos» ni de la pésima reputación que tenía para los profesores y directivos o de su título de sex symbol entregado por casi todas las chicas de veinticuatro divisiones repartidas en dos turnos.

Un Ramiro que ya no disparaba su ¿asco?, ¿odio? contra Natalio, a quien tenía sentado frente a él en el piso. Estaba más preocupado en aclarar un asunto que solo él y sus cuatro lamezapatillas sabían de qué cuernos se trataba.

—Ahora les toca a ustedes cumplir o les corto los pulgares onda mafia japonesa. ¿Estamos, turros...?

—¡Pico! ¡Pico! ¡Pico! —insistían las chicas.

Ramiro sobreactuó un ademán de negarse, tal como haría un cantante cuando ya regaló el décimo bis en la misma noche.

—Chicas, hoy el premio le correspondía a Nátali.

—No podés desobedecer a tus fans —le advirtió Santino, celular en mano para enfocarlo a él y después a las gritonas, otra vez a él y de nuevo a las gritonas.

Los «¡Pico! ¡Pico! ¡Pico!» de ellas y la celebración a carcajadas de los otros miembros de la confraternidad en vez de la confirmación que Ramiro esperaba de ellos, comenzaron a hastiarlo.

—Chicas, pídanle que la regente le meta un pico al director. Y ustedes cuatro, esta tarde nos juntamos a arreglar.

Volvió a fijar su ¿asco?, ¿odio? en Natalio.

Se pasó el dorso de la mano por la boca que acababa de generar aquel fin de escena y luego escupió. Escupió al suelo donde seguía Natalio, por poco no le dio en el pantalón.

Apareció Gabriel, Zoé había ido a buscarlo a la Preceptoría.

—¡Olivera! —gritó—. De nuevo vas a tener que dar explicaciones...

Para Natalio el preceptor era una réplica mundana de Thor, que le parecía el más lindo de los Avengers. Y podría haber hecho que, luego de uno de sus fundidos a negro, el rubio mutara en el príncipe-guerrero asgardiano; de ese modo le pediría que lanzara el martillo Mjolnir contra todos los del curso, las chicas incluidas salvo Zoé.

Hay momentos en que la imaginación deja que trabemos sus puertas y ventanas. Y Natalio no se permitió cruzarse a su pantalla personal para que Thor ejecutara la venganza por él.

Desde la primera toma de esa segunda escena en el patio, había sido *natalioimpotenciaabsoluta* quien lo amordazó y evitó que se defendiera o contraatacase.

Y cuando al fin se levantó del piso fue por tracción de *natalioconscientedelridículo*.

Entonces la amalgama de esos dos Natalio produjo la energía suficiente para empujarlo a correr.

—Esperá, Buel, también quiero tu versión... —escuchó que le pedía Gabriel.

No quería dar ninguna versión, solo correr.

Correr más allá del patio con ganas de no existir; correr hasta llegar a la salida de emergencia del mundo; correr suplicando «¡jarrástrame al infierno!», en donde no podría terminar más incinerado de lo que ya se sentía...